

*Laudatio de la Profesora Doctora D<sup>a</sup>. Margarita González  
Vázquez con motivo de la investidura como Doctora  
“Honoris Causa” de la Ex<sup>cm</sup>a. Sra. Dra. D<sup>a</sup> Doris Salcedo*

*25 de enero de 2019*

Rector,

autoridades que nos honráis con vuestra presencia,

compañeros, estudiantes,

Sra. Luce López-Baralt,

amigos todos,

querida Doris,

Quiero comenzar expresando mi gratitud al Rector y a su equipo de gobierno por el honor concedido al permitirme pronunciar esta *laudatio*. Además, y de manera muy significativa, agradezco sinceramente a la Decana de la Facultad de Bellas Artes, la Prof. Elena Blanch, la confianza que deposita en mí en una ocasión tan especial.

Esta investidura coincide con una fecha señalada para nuestra facultad, ya que acabamos de celebrar el 50 aniversario de nuestra pertenencia a la Universidad Complutense, por lo que el día de hoy es especialmente relevante para nosotros.

Es éste un acto emocionante, e implica un enorme desafío para mí resumir en pocas palabras las poderosas razones que, por unanimidad, apoyaron esta propuesta de Doctorado desde la Junta de la Facultad de Bellas Artes.

El nombramiento de Doris Salcedo como doctora *honoris causa* supone una alegría y una ganancia que todos los miembros de la comunidad Complutense debemos celebrar. Es, a su vez, el reconocimiento a la importancia fundamental que esta Universidad da a las Artes y a las Humanidades.

Creo, y siento que comparto esta impresión con todos Uds., que honrar a una artista de su incontestable relevancia es, a su vez, honrarnos a nosotros mismos, ya que en este día estamos reconociendo la excelencia de una mujer cuya mirada nos permite comprender mejor el tiempo en el que vivimos y nuestra compleja condición de seres humanos.

Este Doctorado se suma a los doctorados *honoris causa* que esta artista ya ha recibido por parte del Art Institute de San Francisco y por la Universidad Nacional de Colombia, y subraya la enorme importancia que el arte tiene y debe tener en la construcción de la sociedad a través del compromiso que en cada una de sus obras demuestra Doris Salcedo.

Doris Salcedo nació en Bogotá, ciudad en la que vive y trabaja, y ejerce desde Colombia una poderosa influencia. En diversas entrevistas y conversaciones la hemos escuchado definirse como una artista del Tercer Mundo, y desde su mirada particular ha logrado incorporar la pluralidad en una lectura de los hechos que nos rodean que no es autoritaria sino polivalente, que no es hegemónica sino inclusiva, y que presta una atención decisiva a las víctimas de hechos violentos e injustos.

Esta escultora trabaja a menudo con los restos que dejaron vidas silenciadas, con las huellas que quedan en muebles o ropas de aquellos a los que se les ha negado la voz, trayendo al centro de nuestra atención lo ignorado, lo que, como ella misma dice “no forma parte del mundo”.

En la humildad del material empleado en su escultura o sus instalaciones se encierra la dignidad del ser humano y el reconocimiento a la importancia de cada vida. El objeto se vuelve disfuncional sin el individuo, reafirma su ausencia y pone en evidencia la brutalidad de su desaparición. Así, la violencia genera en sí misma un tiempo que podríamos definir como dislocado, una temporalidad absurda rota por el golpe a lo cotidiano que Doris utiliza para generar obras silenciosas, obras que no dan una explicación directa, sino que evidencian la crueldad del hecho desde ese tiempo suspendido que las rodea.

El arte de Doris Salcedo no es personalista, en realidad prima el concepto de “género humano” frente a lo particular e, incluso, lo autobiográfico. Mediante este proceso la artista no sólo recupera la dignidad de esos “muertos sociales”, esos ausentes que documenta siendo escrupulosamente fiel a cada testimonio y experiencia: a su vez ocurre un acontecimiento y es que, por un instante, nuestra sociedad enajenada deja de evitar los puntos ciegos de esta ignorancia voluntaria y presta atención, recuperando el contacto con los excluidos, con los que han sufrido, en un ejercicio de proximidad y empatía.

Doris Salcedo ha mostrado su trabajo en exposiciones individuales y colectivas en los lugares más significativos del arte por todo el mundo. Por citar sólo algunos mencionaré el New Museum of Contemporary Art, Nueva York, The Art Gallery of Ontario, Toronto y The Carnegie Museum de Pittsburgh en 1998; el Palacio de Velázquez, el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía de Madrid en 2001; el MUAC, Ciudad de México y el Museu Serralves de Oporto en 2007; la Tate Modern de Londres en el año 2000; el Castello di Rivoli de Turín en 2005; el Moderna Museet de Malmö, el Centro de Arte Moderna - Fundação Calouste Gulbenkian, Lisboa y el Museo del Palacio de Bellas Artes de Ciudad de México en 2011; o sus exposiciones en el MAXXI de Roma y la Pinacoteca do Estado de São Paulo en 2012.

Además, la artista también ha participado en algunas de las bienales internacionales más importantes como "Roteiros, XXIV Bienal de São Paulo" en 1998; "Trace", Bienal de Arte Contemporáneo de Liverpool en 1999; y "Documenta 11" de Kassel en 2002.

En 2015 se celebró una gran retrospectiva de su obra en el Museo de Arte Contemporáneo de Chicago que itineró hasta al Museo Solomon R. Guggenheim, Nueva York y al Pérez Art Museum de Miami. Los Museos de Arte de Harvard celebraron una exposición individual de su trabajo y, ya en nuestro país, el pasado año 2017 expuso la instalación “Palimpsesto” en el Palacio de Cristal del Museo Reina Sofía de Madrid. En esta excepcional instalación la artista generó un espacio

de duelo en el que del suelo aparecían y desaparecían escritas como lágrimas los nombres de migrantes ignorados, migrantes ahogados en un Mediterráneo en el que se frustraba cualquier posibilidad de futuro.

El reconocimiento internacional a la obra de Doris Salcedo se traduce también en los premios y galardones que ha recibido hasta la fecha: Premio Ordway; el Premio Velázquez de las Artes Plásticas en 2010 -siendo la primera mujer en conseguir esta distinción- o el Premio de Arte Hiroshima.

Por otra parte, debemos subrayar la importancia (no sólo como hecho artístico sino también social y comunitario), de las instalaciones públicas a gran escala que, a lo largo de su trayectoria profesional, Doris Salcedo ha llevado a cabo como "Noviembre 6 y 7", en el Palacio de Justicia de Bogotá; la 8ª Bienal Internacional de Estambul; "Abismo", en el Castello di Rivoli de Turín; "Shibboleth", (exposición que fue visitada por más de un millón de personas que contemplaron esa grieta implacable que recorría el suelo de la Sala de Turbinas de la Tate Modern de Londres, o "Acción de Duelo", obra en la que 10.000 personas tejieron una inmensa mortaja en la Plaza de Bolívar de Bogotá, y escribieron con ceniza el nombre de parte de las víctimas del conflicto armado colombiano en una acción colectiva de 12 horas de duración.

Citar estas obras implica, como decía, mencionar el poderoso impacto social que las acompaña y nos obliga a destacar una de las cuestiones fundamentales que, en mi opinión, forman parte de la posición que Doris Salcedo ocupa como artista, junto con la valentía y el compromiso que va conscientemente implícito: en su trabajo ella logra dar voz a aquellos que carecen de ella y, a la vez, evidencia la magnitud de las realidades injustas de esos "otros" que no queremos ver.

Logra Doris Salcedo de este modo dotar al hecho plástico de un contenido ético en el que la dignidad del ser humano se impone gracias a la manera en la que la artista recoge escrupulosamente el testimonio y lo presenta. En palabras de la propia Doris: "Para que la experiencia de una víctima pueda ser comprendida en toda su gravedad, dicha experiencia debe ser expresada, narrada y compartida". Qué desafío más profundo en tiempos donde el egoísmo, lo banal y la prisa alienan el reconocimiento que, como seres humanos, nos debemos los unos a los otros.

Una premisa que distingue las obras de Doris Salcedo consiste en no exaltar o representar los actos violentos per se sino tratarlos con sutileza, rodearlos de silencio para que en la contemplación podamos despertar nuestra conciencia a través del hecho plástico, del arte como lenguaje que representa lo que no puede, quizá, ser contado de otro modo. No se trata de estetizar la ausencia, el duelo o el dolor, sino de hacerlos visibles.

Con tal fuerza trasciende su mirada, contemporánea y vigente, que se conecta con esa filosofía universal y atemporal que, a pesar de todo, cree en el ser humano y en su capacidad de realizar, también, acciones maravillosas.

Permítanme aquí citar al historiador Cayo Salustio Crispo, quien en su "Guerra de Yugurta" - escrita en el s. I antes de nuestra era- dijo: "El género humano se queja sin razón alguna a propósito de su naturaleza: que siendo ésta débil y breve es gobernada más por el azar que por el mérito. Al contrario, pensándolo bien, encontraremos que no hay nada en el mundo mayor ni más excelente que el ser humano, al que no le falta ni vigor ni tiempo, pero sí esfuerzo y una actitud activa (...)"

Doris Salcedo no está sola en esa posición que denuncia la barbarie, ella es heredera de una larga historia de grandes artistas que, a su vez, atestiguaron la injusticia y el sufrimiento que demasiado a menudo el hombre confiere al hombre y registraron cómo experimenta la víctima ese dolor.

Encontramos ejemplos en obras de grandes artistas universales pero, aquí, no podemos dejar de mencionar a Goya con "Los Fusilamientos del 3 de Mayo" o, cómo no, el propio "Guernica" de Picasso. Y es que, como indica Doris: "Las obras son acciones en vano porque hablan de pérdidas irreparables. El arte se sitúa en la intersección entre la elocuencia y el silencio. Es un intento (temporal) por mitigar la intolerancia".

Una instalación que recoge esta posición de manera especialmente contundente es la que el pasado mes de diciembre la artista ha inaugurado en Bogotá, "Fragmentos", al que ella denomina contramonumento, y cuya existencia forma parte del cumplimiento de los acuerdos de paz firmados entre el Gobierno Colombiano y las FARC en el artículo 317 de dicho acuerdo.

"Fragmentos" se constituye en museo de arte contemporáneo donde el vacío y la ausencia se ubican físicamente en el centro mismo de la ciudad. Su suelo está literalmente conformado por las armas depuestas por la antigua guerrilla de las FARC. Dichas armas fueron fundidas y reconfiguradas como el soporte físico y conceptual sobre el cual se erige este lugar. Este suelo de placas metálicas es un suelo cargado de experiencia no sólo por el material del que procede (37 toneladas de armas); lo es también por la manera en la que ha sido marcado, herido y señalado a partir de los golpes que veinte mujeres víctimas de violencia sexual han labrado dejando en él su huella catártica a partir del golpe repetido.

Sobre este suelo caminamos y avanzamos recordando de dónde venimos pero, también, hacia dónde quisiéramos llegar en este diálogo polifónico de voces que no tienen por qué estar de acuerdo para generar un discurso de paz y de reconciliación.

Me gustaría concluir con una breve reflexión sobre la belleza y el papel dignificador que Doris Salcedo le da cuando ella misma explica: "La belleza es importante porque se opone a la simbología de la violencia. Contradice el hecho violento y reintegra la dignidad de las víctimas. Al menos en su representación les devuelve algo de la humanidad perdida".

Es esta belleza, la belleza que trasciende, que acerca a las personas y hace visibles a aquellos que lo han perdido todo, la que -en mi opinión- es la más coherente con los tiempos complejos y desiguales que vivimos.

Es, también, la que reivindicamos desde nuestra Facultad de Bellas Artes: un arte significativo, inclusivo, un arte en el que encuentra su espacio cualquier individuo de cualquier lugar del mundo, o condición social, un arte que se expresa a través de los lenguajes visuales, plásticos, pero también a través de los lenguajes de otras disciplinas artísticas diversas como la danza, el teatro o la música, que permiten comprender mejor quiénes somos y, sobre todo, quiénes deseamos ser.

Gracias, Doris, por tu extraordinaria y bellísima obra, y lo que aprendemos de nosotros mismos como individuos y como sociedad a través de ella.

Sr. Rector, Autoridades, amigos todos,

Muchas gracias